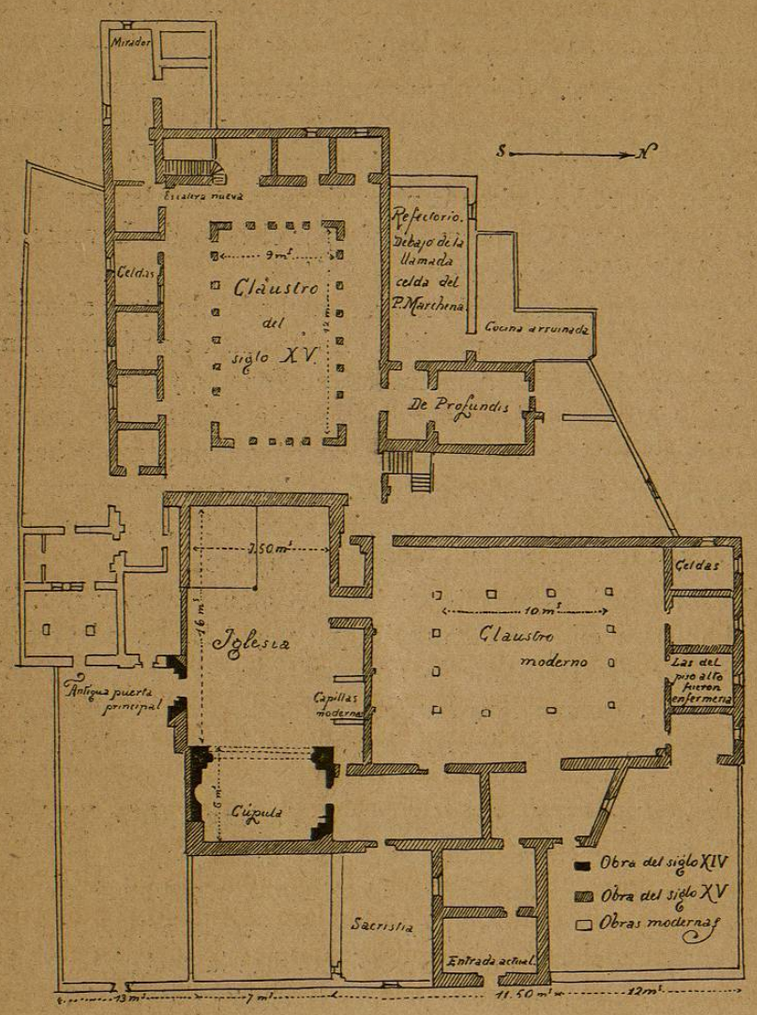
diez metros de lado, está sostenido por postes de madera, y sólo á la parte del N. tuvo cuatro celdas en sus dos cuerpos bajo y alto, destinándose las de éste á enfermería, y sirviendo la última de las de aquél de cocina en la actualidad. En la galería



baja de la izquierda hállase el ingreso á la iglesia. Forma ésta un rectángulo de 22 metros de longitud, por 7,50 de anchura, y recibe luz por los óculos de una linterna ó cúpula que cubre al presbiterio. Frente á la entrada avanza, cortando el paso hasta

la mitad de la nave, desde la pared opuesta, una separación que sostiene al coro, y en su ángulo de soporte existe una columna de piedra, con postizo capitel, de rarísima labor, traído tal vez á esta iglesia de las ruinas de alguna otra, y colocado allí cuando modernamente se hizo aquella fea división. En el muro del Evangelio se abren tres capillitas modernas y en el presbiterio dos; en una de las cuales, en altar moderno y ruin se venera la imagen de la Virgen de La Rábida. Desde el mismo presbiterio se pasa por la izquierda á una pieza que da á su vez ingreso á la sacristía. Tiene la iglesia hacia la mitad del muro de la epístola una curiosísima puerta de traza mudéjar, que era la antigua principal que hoy da al espacio limitado por una tapia, que encuadra el edificio por la parte meridional, cerrado por otra puerta moderna almenada, que completa la línea de la fachada.

Cuando esta puerta con sus dovelas y sillares se restaure, será uno de los detalles más típicos y curiosos del edificio. Por ella entró en la iglesia Washington Irving, en 1828, según su referencia. *(El orador dibuja la puerta.—Véase en la portada y en la página* 24). Lástima grande fué el que así como se dió tanto carácter á este detalle arquitectónico de la iglesia, no lo tuvieran asimismo las otras puertas, los arcos de la nave, y algunas de las líneas del exterior, que pudieran ofrecer siempre el sello típico de aquel arte tan elegante y tan propio de esta comarca. Bien puede asegurarse, pues, que la puerta que da al mediodía y que antes fué la principal de la iglesia para el público, y el claustro primitivo, son las dos curiosidades especiales del convento. Desde el primer claustro se pasa al segundo, que está colocado tras de la línea de los pies de la iglesia y en el mismo eje lineal que ella. Es rectangular, de doce metros de largo y nueve de ancho en su claro, formado por lindas columnas mudéjares con sencillos capiteles, y cuyo aspecto es lo más atrayente y simpático que La Rábida tiene. Sobre sus naves ó galerías bajas se alzan otras más modernas. Ábrense siete huecos en los lados N. y S. y cinco en los otros dos. En el del N., al principio de él, está la escalera del piso superior, inmediato el *De Profundis*, y ocupando el resto de su línea el refectorio, capaz para cuarenta comensales. En las galerías

bajas del Sur y Poniente hay ocho celdas y el acceso á una escalera nueva, que conduce á la azotea ó mirador moderno, del ángulo sudeste del edificio, que da sobre la ría y á las celdas superiores. Entre las del N. se abre la que se denomina del Padre Marchena, amplia y con techo armado de viguería poligonal á estilo del siglo XV. Unida al refectorio estaba la cocina, que se arruinó, y delante de la línea meridional de la iglesia se alzaron modernamente algunas dependencias, formando una especie de martillo, destinadas á almacenes ó graneros. Todo este irregular conjunto se halla cerrado ó completado con tapias, que aprovechan los ángulos de la construcción, y forman entre éstos y aquéllas, diversos patios en la fachada; tras del claustro moderno, y cocina, y ante la iglesia, y celdas del claustro viejo. No queda de la primitiva construcción franciscana del siglo XIV más que los muros de sostén del presbiterio, y los de la puerta principal de la iglesia; todo lo demás corresponde al siglo XV en la mayor parte, y á las reparaciones ó adiciones realizadas hasta el XVIII inclusive, el cierre de la sacristía, los soportes del claustro primero, la cocina y muros exteriores del refectorio, el mirador de la galería de arcos, y los almacenes. De nuestro siglo son las tapias que lo circundan casi en totalidad. En su esencia la obra es del arte mudéjar, del cual tantos y tan curiosos ejemplares hay en toda aquella comarca de Huelva y Sevilla, que pregonan las excelencias del gusto heredero de los árabes y de los cristianos, y en el cual con tan exquisito ingenio proyectaron los alharifes y trabajaron los maestros de froga y los carpinteros de lo blanco, geométricos laceros y no laceros, que en el artesonado y alfargería siguieron las tradiciones de los insignes maestros Sancho Ruiz y Diego Ruiz.

Elevaron los cristianos este santuario en honor á la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Milagros. Consérvase como resto curiosísimo para la iconografía nacional, la primitiva imagen de esta Virgen. Es una escultura en alabastro, que corresponde al primer período ojival, esto es, al de la instalación de los franciscanos en La Rábida. Mide cerca de sesenta centímetros de altura, y está representada en pie, sobre un pequeño zócalo toscamente ornamentado. Cubre la

cabeza de la imagen un manto, que como todo el ropaje, estuvo floreado de colores y oro, y cuyo cerco delantero deja ver sobre la frente el cabello partido por medio y ondulado. Los pliegue-citos del velo caen con gracia por ambos lados del rostro y van á recogerse por delante del pecho, hacia la cadera izquierda, en torno á las piernas del niño Jesús, que la virgen sostiene sentado sobre el brazo, cogiéndole con la mano izquierda. La derecha está tendida sobre el ropaje y como apoyándose sobre el muslo. El descote de la túnica deja ver el cuello y el nacimiento del pecho, y por la línea inferior del manto baja la túnica en duros pliegues hasta el suelo, cubriendo el pie izquierdo un tanto echado hacia atrás, y sobre el que aparenta gravitar el peso del Niño, y dejando descubierto el pie derecho, que avanza un tanto sobre la línea del zócalo. El rostro de la Virgen es muy grande en proporción al cuerpo, así como la cabeza del Niño, detalle muy típico de las esculturas de aquel tiempo. La expresión es simple y de cristiana candidez, pero más artística en la Madre que en el Hijo, cuya cara y cuyo encogido cuerpo no parecerían del mismo cincel que los de aquélla, si no estuvieran esculpidos en el mismo trozo de mármol. Toscas como las líneas que dan fisonomía á ambos, son las manos, grandes también y de enormes dedos. El Niño levanta su mano derecha en actitud de bendecir y en la izquierda tiene la bola de rúbrica.

(El orador, mientras hace esta descripción, dibuja la Virgen, y traza después sobre ella las vestiduras que la cubren ahora.)

Así debiera haberse conservado siempre esta afamada imagen, pero la manía de revestir las esculturas con doradas y churriguerescas telas, que es tan general en España, alcanzó también á la de La Rábida, y he aquí como al presente se encuentra disfrazada. Amplio manto de floreado tejido de tisú la cubre casi en totalidad, dejando ver el rostro y la túnica y falda, el espa-

cio abierto de aquél, que limitan onduladas puntillas. Llevan la Virgen y el Niño sendas coronas modernas de plata y circunda á ambos, casi desde medio cuerpo arriba, el consabido flamígero limbo argentino, con imitación de grandes brillantes y rayos. Delante de los pies levántase la media luna con la cifra de María en el centro y con una estrella en cada pico, y zócalo é imagen descansan en otro zócalo ó basamento de madera, á los lados del cual se sientan dos angelillos con palmas en las manos. De la derecha de la Virgen parte un ramo de azucenas. Para vestir á la Madre no hubo más que hacer, sin duda, que rodearla de estos postizos ropajes, pero no fué tan afortunado el Hijo, porque para que le cayera bien su vestido hubieron de aserrarlo por la cintura, profanación que ya he visto realizada en otras imágenes semejantes. Así vestidas, contra lo que el arte de todos los tiempos requiere y contra el gusto piadoso de los cristianos y de los escultores románicos y góticos, he encontrado muchas Vírgenes, de piedra, de madera y de pasta, y entre ellas recuerdo ahora las históricas imágenes de Badajuen, en Aramayona; de Estibaliz, en Villafranca de Alava, y de la Esclavitud, en la Catedral de Vitoria. Un detalle, una exigencia de primer orden en la restauración de La Rábida, será seguramente el de dejar esta Virgen en su altar, en la misma forma y modo en que salió de las manos de su autor, cuando en los días de la Reconquista, hace seis siglos, se trocó el Morabito de La Rábita en monasterio cristiano de la Virgen.

Cuando ya el arte mudéjar había dado nueva traza, bastante amplitud y artísticas formas al convento franciscano, al mediar el último tercio del siglo XV, llegó á La Rábida Cristóbal Colón, que entonces contaba cuarenta y ocho años de edad, con su hijo Diego Colón y Moñis de Palestrello. El convento de La Rábida no estaba en el camino de ninguna parte. ¿Por qué fué

Colón á él? Por lo mismo que acudían otros muchos pobres caminantes á las puertas de los conventos; porque no tenían otro refugio á que acogerse. Colón desde Portugal, cansado de ofrecer sus proyectos al Rey en Lisboa, se trasladó á España con su hijo, llegó embarcado á la ría de Huelva, con ánimo de visitar en esta capital á su cuñado Muliar y de proseguir su viaje á la corte de España, que se hallaba en Córdoba, pero hubo de tocar de arribada en el puerto de Palos la nave que le conducía. A pie, sin equipaje y sin dinero, aquel hombre no debió encontrar en Palos un asilo abierto en el cual poder descansar, y cuando contristado levantó sus ojos para fijarlos en el cielo, halló en el camino, en una altura, la consoladora vista de un monasterio, hacia el cual, instintivamente, y para suerte y gloria suya y de España entera dirigió sus pasos. Subieron por la ladera arriba los dos futuros Almirantes del Océano, padre é hijo, y al llegar á la puerta del monasterio, pidió el hombre á los frailes pan y agua para el niño. A cambio de aquella limosna, muy pronto ya no debería ponerse el sol en los dominios de España. Habitaban en La Rábida, entre otros franciscanos, dos de ellos llamados Fr. Juan Pérez el uno y Fr. Antonio de Marchena el otro; cuyos dos personajes han venido confundiéndose en uno solo, que el error ha denominado Fr. Juan Pérez de Marchena, sin que casi hasta nuestros días se haya vulgarizado la verdad, cuando desde que en 1827 publicó el sabio D. Martín Fernández de Navarrete sus estudios sobre Colón y América, se conocía la carta que los Reyes Católicos escribieron á Colón en 5 de Septiembre de 1493, antes de que emprendiera su segundo viaje, y en la cual le decía: «Nos parece que sería bien que llevásedes con vos un buen estrólogo, y nos paresció que sería bueno para esto Fray Antonio de Marchena, porque es buen estrólogo y siempre nos paresció que se conformaba con vuestro parecer.» Ambos religiosos acogieron á Colón y á su hijo con amorosa solicitud, y al darle hospitalidad oyeron de sus labios el objeto que le traía á España. Era Fr. Juan Pérez confesor de la Reina Católica, y Fr. Antonio de Marchena era astrólogo, como ya queda dicho, de modo que Colón fué á dar, no con dos personas vulgares, sino con una que por su saber era consejero espiritual de los Reyes en la tierra, y con otro que

por sus conocimientos estaba versado en los secretos de las maravillas del cielo. Le oyeron, le comprendieron, le quisieron desde entonces, y allí en La Rábida fué concebido el proyecto que debiera abrir á Colón las puertas de la Corte de España, y á España las puertas de un Nuevo Mundo. Por esto es grande, es memorable, es glorioso el nombre de La Rábida. Los humildes hijos de San Francisco, caminantes descalzos que recorrían el mundo en busca de corazones apenados para consolarlos y fortalecerlos, y en busca de espíritus descarriados para dirigirlos al cielo, vieron un hermano en aquel caminante haraposo, que iba errante por la tierra en busca de un corazón que le diera ánimo y amparo, y en busca de una inteligencia luminosa que se identificara con la suya para enseñar á la humanidad, descarriada en sus derroteros, el camino seguro de un nuevo paraíso terrenal. La estancia de Colón en La Rábida, que empieza siendo un idilio de la caridad, terminó siendo el poema más grande de las empresas humanas. Allí en las celadas del claustro mudéjar, en medio del silencio del monasterio, mientras el niño Diego vagaba por las umbrías del huerto, conversaron el extranjero y los frailes; y de seguro, sobre mugrientas cartas geográficas, mil veces abiertas por la esperanza en Portugal y en otras partes, ante nobles y plebeyos; mil veces explicadas por la fe y la convicción, y mil veces cerradas por el desengaño, sobre los mapas del mar y de la tierra, que el mismo buscador de mundos trazara, discutieron el confesor y el astrólogo con el navegante la posibilidad de ir á la India por un camino más breve que el que los portugueses seguían, y la mayor ó menor certeza de dar la vuelta al mundo. Cuando se visita hoy La Rábida, y se avanza por los silenciosos claustros hacia las celdas altas, finge la fantasía, porque así lo siente el corazón, que allá dentro, tras de la reducida puerta de una de ellas, se oye el rumor de animada polémica, y que las voces que se escuchan son las del glorioso navegante y la del venerable Juan Pérez y la del sabio Antonio de Marchena, y se detiene el viajero, como si, en efecto las oyera, y cuando desaparece la ilusión, no desaparece sino que está allí, vivo, elocuente, conmovedor el escenario real, en que tales polémicas y tales conferencias se realizaron. Aquellos sesudos hombres, no fiándose sólo de sus propias impresio-

nes, desearon asesorarse con la de otro que por sus estudios sería tal vez el más entendido de la comarca, y le mandaron á buscar, para que oyera á Colón. Era aquel hombre el físico ó médico de la villa de Palos, García Hernández, quien oyó admirado á Colón, y se hizo, como los frailes, decidido partidario suyo. Estudiaban los médicos entonces, no sólo la física del cuerpo humano, sino la del universo mundo, en los breves límites en que la ciencia estaba contenida. Sabían de las cosas de la tierra, de las del mar y de las de los superpuestos cielos, y entendían que se enlazaban con las dolencias del organismo y del espíritu todos los cambios operados en los elementos y en las esferas. Eran, cuando se daban al estudio, verdaderos sabios, filósofos, naturalistas y curanderos á un tiempo. García Hernández debía ser de ellos, de la buena escuela que en aquella época hizo brillar á tantos médicos ilustres. Las crónicas de nuestra historia médica recuerdan al *mestre* Juan Alcanys, valenciano, que escribió en idioma lemosino el *Regiment preservatiu é curatiu de la pestilencia;* al médico *morbero* Lucian Colominés, de Palma; á Diego Torres, salmantino; á Pedro Pintor, valenciano, médico de Alejandro VI en Roma, y autor de la obra *Agregator sententiarum de preservatione et curatione pestilentiæ*, que como médico astrólogo señalaba la influencia que sobre la peste tienen los astros, en el caso *de radix superior*, ó la alteración de los cuatro elementos en el de *radix inferior;* y que sostenía también en su libro *De morbo fœdo his temporibus afligenti*, que la enfermedad de la luz venérea, entonces tan desarrollada, era debida á la conjunción de los planetas; al insigne médico físico Francisco de Gibraleón; á los doctores Bodega, Aragonés é Infante; al obispo y médico valenciano Gaspar Torrella, que escribió el *Dialogus de dolore cum tractatu de ulceribus impuden dagra evenire solites;* al salmantino, médico de la Corte, Francisco Pérez de Villalobos, autor del *Sumario de Medicina* y del tratado de las *Bubas;* á Juan Almenar, valenciano, que publicó el *De morbo gallico;* á Luis Lobera, de Avila, y á Luis de Lucena. De los trabajos publicados por estos físicos se deduce estudiaban cuanto las ciencias naturales, la astrología, la geografía y el arte de curar habían reunido en aquellos tiempos, y no es extraño el que en